

Alfonso Alcalde

Se cansó. Alfonso Alcalde, de vivir. O de escribir, que para él era una misma cosa. Y decidió poner punto final a ese frágil respiro que es el que sostiene a la humanidad y que lo sostenía también a él. Aunque lo sostenía apenas en sus búsquedas y andanzas últimas que lo trajeron finalmente hasta Tomé, donde se detuvo para morir. Porque a eso venía, no cabe ya dudas, cuando arribó enfermo desde la capital, hace un mes apenas, y se fue casi quedando en Concepción. Pero sus amigos lo cuidaron como tantas otras veces y una vez más se puso en marcha el escritor para lo que sería su último recorrido. Andaba triste, afectado más que nada por una soledad que buscaba y que a la vez sufría. Como solía repetir, "estoy muy solo, porque la soledad es el premio de los grandes desafíos". Y quién sabe si el mayor de los desafíos que se impuso fue el de vivir asumiendo su pobreza y su soledad.

Su existencia fue una aventura de principio a fin. Nacido en Punta Arenas en 1921, a veces le parecía que era Tomé su cuna: "Nací el 28 de septiembre de 1921 en Punta Arenas, y también ocasionalmente en la Calle de la Marina, Tomé. En la galaxia de Tomé". Así apuntaba en la cuarta edición de "Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte", en 1991. Su primer libro, "Balada para la ciudad muerta" (Nascimento, 1947) fue prologado por Pablo Neruda e ilustrado por Julio Escámez. En

1963 obtuvo el Premio Alerce de Poesía patrocinado por la Universidad de Chile y la Sociedad de Escritores. Sumó un total de 28 libros, como fue también sumando hijos y nietos. Viajó por 25 países, pero recorrió principalmente este Chile que rugía en su sangre. País que conoció de cabeza a los pies, como conoció también a su pueblo y compartió sus vidas y sus dolores, sus alegrías y resucitamientos. Por "El auriga Tristán Cardenilla" obtuvo el premio único en el VII Concurso Nacional de Cuento de EL SUR, en 1966. Pero su magna obra fue, tal vez, "El panorama ante nosotros", cuyo epígrafe decía: "poema de Concepción, su río y variada gente". Este texto, prácticamente terminado, con cuatro de sus cinco tomos listos al cabo de 20 años de trabajo, fue quemado en la vía pública durante los trastornos de 1973, junto con todo el valioso documental histórico que había reunido, con cintas grabadas, mapas y testimonios para sus reportajes, como los que hiciera para "Nosotros los chilenos" (Editorial Quimantú), por ejemplo. Hubo, entonces, que reempezar. Reescribir desde las cenizas, la marginación y el olvido. Lo hizo sin rencores, con la mansedumbre del que renuncia por amor. Supo perdonar. Su "Consagración de la pobreza", contundente legado que algún grupo de teatro habrá de poner en escena algún día, es su más hermoso homenaje a los marginados.

Anamaria Maack